

1. D. EDUARDO RODRÍGUEZ GORDILLO. BIOGRAFÍA.

Según el testimonio del metelinense Rvdo. P. Guillermo Lozano, c. m. f. (1904-1936), D. Eduardo Rodríguez Gordillo era hijo de D. Francisco Rodríguez Guillén, natural de Holguera (Cáceres), y de D^a. María Gordillo Cabeza de Tena, natural de los Santos de Maimona (Badajoz). ¹La persona que mejor ha estudiado a D. Eduardo Rodríguez Gordillo ha sido D. Francisco García Sánchez², por lo que transcribimos, a modo de biografía, la comunicación que sobre él presentó en 1976 a los *VI Coloquios Históricos de Extremadura* en Trujillo³, finalizada el 26 de julio de ese mismo año, y publicada nuevamente en 1981⁴.

REVERENDO DON EDUARDO RODRÍGUEZ GORDILLO, HISTORIADOR DE MEDELLÍN

Junto a la puerta que da acceso al segundo compartimiento del Castillo y que durante muchos años fue cementerio de la villa, a mano izquierda, un pequeño montículo de tierra sobre el que durante la primavera nacen jaramagos silvestres, nos indica al visitante de la hercúlea fortaleza de Medellín, el lugar donde descansan los restos mortales de un gran sacerdote que amó y defendió hasta el último momento de su vida, un día 17 de Enero del 1924, las gloriosas gestas de un pueblo histórico que, como Medellín, está catalogado entre los primeros de la zona extremeña por méritos propios, en virtud del papel transcendental que le asignara la Providencia en el decurso de los siglos: D. Eduardo Rodríguez Gordillo.

Para muchos, incluso especializados en temas históricos, el enunciado de este nombre no les dice nada. Inicialmente y en líneas generales su obra es anónima. Y sin embargo la figura de Rodríguez Gordillo es absolutamente necesaria para el historiador que intente escribir una biografía metelinense. Su paso por la villa, oficialmente al menos desde las seis de la tarde del día uno de Julio del año 1883 -dato éste que tomamos de sus mismos apuntes históricos- hasta la citada fecha del 17 de Enero de 1924, en que falleciera, constituyen un periodo de cuarenta y un año, todo un record de permanencia en la famosa parroquia de San Martín, donde recibiera las aguas bautismales el Conquistador de Méjico, una mañana del mes de Noviembre del 1485.

¹ García Sánchez, Francisco. El Medellín extremeño en América. D. Benito, 1992. p. 365.

² D. Francisco García Sánchez fue párroco de la Iglesia de Santa Cecilia de Medellín entre febrero de 1960 y octubre de 2007.

³ García Sánchez, Francisco. “Rvdo. D. Eduardo Rodríguez Gordillo, historiador de Medellín”. *VI Coloquios Históricos de Extremadura*. <http://www.chdetrujillo.com/rvdo-d-eduardo-rodriguez-gordillo-historiador-de-medellin/> [consultada el 6/12/2015]

⁴ García Sánchez, Francisco. “Reverendo don Eduardo Rodríguez Gordillo, historiador de Medellín”. *Revista de Estudios Extremeños*, XXXVII, II, 1981. pp. 479-490.

Eduardo Rodríguez Gordillo, historiador de Medellín, necesita levantarse de ese montón de escombros que la incuria y el olvido han ido acumulando sobre su cadáver y aparecer de nuevo sobre las almenas de nuestro castillo para recibir el justo homenaje que se le debe como defensor nato de este trozo de terreno extremeño que es Medellín, encelado en las aguas del Guadiana, sobre las que como nítido espejo se dibujan las siluetas de sus cuatro parroquias y la impresionante mole amurallada de su castillo.

A levantar esa figura de sus escombros tiende este trabajo histórico que presento a los VI Coloquios de Trujillo. Me sentiría satisfecho si al estudiar la persona y la obra de este sacerdote benemérito de nuestra diócesis, mi aportación sirviera para darle a conocer y para que su nombre figurara en las listas de honor de esta gran Extremadura.

Estudiemos en primer lugar su persona:

He estado varias veces en Herrera del Duque, la tierra austera de la Siberia Extremeña, por cuyos encinares y elevados riscos, parece bismbrarse la figura del gran maestro de Alcántara don Gutierre de Sotomayor, de quien alguien ha dejado escrito «que teniendo voto de Castidad, reconoce en su testamento a quince hijos y deja pensiones a cuarenta amantes, al mismo tiempo que, con voto de pobreza, dispone de sus fabulosos bienes, entre los que figuraban unos estados territoriales, de más de medio millón de hectáreas, o sea en números redondos, la equivalente a la cuarta parte de la provincia de Badajoz...» (*Extremadura -Conde de Canilleros-*, Espasa Calpe, S. A. Madrid 1961, páginas 373-4). Pero allí nadie sabe nada de D. Eduardo Rodríguez Gordillo.

Tal vez he pasado junto a la puerta de la casa que le viera nacer, tal vez he recorrido las calles que el recorriera y haya pisado los mismos rollos que él pisara, pero la huella de su inicial personalidad no la he encontrado en Herrera del Duque, donde, a juzgar por los datos que de él tengo tuvo que nacer sobre los años de 1840⁵. Y si sabemos el dato de su nacimiento en Herrera del Duque es porque el mismo lo deja consignado en su «Apuntes Históricas de Medellín», cuando se hace relación del presbiterologio de la parroquia de San Martín antes aludida.

¿Porqué siendo sacerdote de nuestra diócesis de Plasencia, con cargo espiritual de almas en esta demarcación placentina nació en un territorio fuera de la jurisdicción del Obispado...?

¿Fueron sus progenitores funcionarios públicos, que después del nacimiento de su hijo pasaran a vivir a territorio placentino, donde después recibiera la vocación sacerdotal...? ⁶

¿Fue tal vez sacerdote incardinado después en la diócesis de Plasencia...? Son preguntas que de momento no tienen respuesta.

⁵ N.E. D. Eduardo R. Gordillo debió nacer en 1848 o en los primeros días de 1849, puesto que fallece en Medellín el 17 de enero de 1924, a las 7 horas y 1 minutos, a la edad de 75 años. Registro Civil Medellín. Defunciones. Libro 20 (1922/1928). Sección 3. Fol. 28. Nº 54.

⁶ 24 N.E. Según el testimonio del metellinense Rvdo. P. Guillermo Lozano c.m.f. (1904-1936), D. Eduardo Rodríguez Gordillo era hijo de D. Francisco Rodríguez Guillén, natural de Holguera (Cáceres), y de D^a. María Gordillo Cabeza de Tena, natural de Los Santos de Maimona (Badajoz). Véase García Sánchez, Francisco. *El Medellín Extremeño en América*. Don Benito, 1992. p. 365.

Salvadas estas lagunas iniciales y colocados ya en Medellín, la personalidad de D. Eduardo queda ya más concentrada y reducida, propicia por lo mismo a un estudio psicológico que le hicieron sus antiguos feligreses, ya mayores, que le conocieron:

La fallecida anciana D.^a Lucrecia Ulloa González de Ocampo, cuya familia se gloriaba de la amistad de D. Eduardo, me contaba dos años antes de morir:

Era hombre de carácter duro, que imponía su voluntad en los actos públicos y a quien el pueblo obedecía incondicionalmente, como movidos y vencidos por lo poderoso de su mandato.

Era muy generoso y amigo de hacer el bien, siempre que podía. En cierta ocasión fue a Sevilla buscando, como en la parábola del hijo pródigo a un estudiante, que víctima de sus pasiones había empeñado su propio traje y se encontraba enfermo en un hospital. El estudiante Julio Gómez, que así se llamaba el infortunado, recibió de D. Eduardo la cantidad suficiente para desempeñar su traje, pagar los gastos de la clínica y traerlo de nuevo a Medellín para entregárselo a sus padres.

Era un gran orador. Todavía recuerdan algunos ancianos los famosos sermones del Descendimiento de la Semana Santa, en los que al hacer de una manera práctica el descendimiento de la Cruz, con el famoso Cristo de las Misericordias, destruido posteriormente el año 1936, en el antiguo convento de las Madres Agustinas de esta villa, la gente lloraba incluso en voz alta. Que era un gran orador lo recuerdan igualmente los que le conocieron en las fechas memorables para Medellín de la inauguración del monumento a Hernán Cortes el año 1890, figura destacada sobre todos los oradores de turno a quienes anuló, según los datos de la prensa de aquel tiempo, y que él tuvo la delicadeza de copiar para sus apuntes históricos.

Era un hombre sencillo. Como todos los curas de su tiempo se rodeaba de su círculo de amigos para la partida de la tarde que frecuentemente se tenía en casa de Perico Molina o de su vecino Juan Tena, siendo el café ritual riguroso del final de estas partidas, en las cuales D. Eduardo Rodríguez era un consumado maestro, aunque mal perdedor cuando la suerte le era adversa.

Cura de su tiempo y de sus costumbres, tenía su olivar en el lugar llamado de San Blas, junto a la ermita del Santo, y una fanega y media de terreno en el lugar denominado «Camino del pozo de los gatos» y otras dos fanegas junto a la estación, que comprara a D. Silverio de Don Benito.

Todavía recuerdan nuestros ancianos feligreses el famoso «albarillo» de D. Eduardo, en estas posesiones de la Estación, la burra blanca del párroco de San Martín, con la cual se desplazaba de vez en cuando al caserío de Cazalet, para en su oratorio privado decirles la santa misa a sus dueños y propietarios, así como a los encargados del servicio material de la finca. Estos desplazamientos campestres los hacía de paisano, con su ya clásica chaquetilla negra, diseño en rústica de los variadísimos modelos actuales de nuestros clérigos vaticanistas.

Con razón el historiador azteca D. Carlos Pereyra, que para escribir su obra "Hernán Cortés" hubo de visitar personalmente la patria chica del Conquistador de Méjico y pudo hablar con don Eduardo Rodríguez Gordillo, nos dejara esta impresión del cura metelinense:

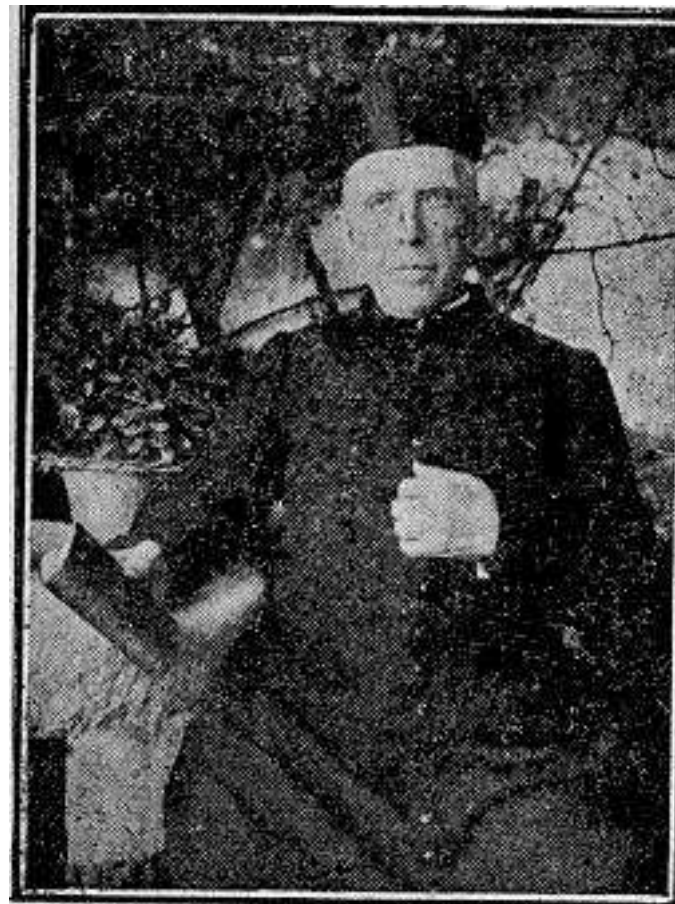
«Alternaba la sotana de clérigo con la chaqueta de labrador. Pronto pude advertir que lo mismo sabe sembrar un campo y construir una casa, que decir un sermón o componer un libro.» (M. Aguilar, Editor. Marqués de Urquijo, 39. Madrid 1931, página 11.)

Estas son pinceladas humanas de un clérigo de su tiempo. Uno más de los de su época. Un cura sabio e historiador revestido de lo rural, enmarcado en unos límites de tiempo y lugar, con una familia sencilla, compuesta de una madre a quien él cerrara piadosamente los ojos de la muerte; de una sobrina casada, cuyo marido se preocupaba de las tierras del tío cura en la lógica esperanza de ser un día los herederos forzosos de los bienes clericales cuando la muerte le desprendiera de estas posesiones, compradas con el diario ahorro de unas bodas, unos bautizos, unos funerales o unos responsos.

Al final de su vida, ya cecuciente, anciano y sin fuerzas, se vale de sus piadosos fieles para que como lazarillos angélicos le ayuden a subir la cuesta de San Martín para decir de memoria la diaria misa de la Virgen, Salve Sancta Parens.



Fotografía procedente del Archivo Parroquial de Medellín



D. Eduardo Rodríguez Gordillo. Fotografía publicada por: Fernández de Sevilla Palomo, Ramón A. "Medellín: Patria de Hernán Cortés". *Tierra Extremeña*, III. Don Benito. (s.a. 1922)

Las manías seniles no respetaron al cura Rodríguez Gordillo, que como secuela de los años le instaba a romper en pedacitos muy pequeños cualquier papel que caía en sus temblorosas manos, que antes habían manejado la pluma con tanta soltura y fecundidad de conceptos.

Pero hay una pincelada fina, delicada, espiritualmente de un gran significado teológico. Me lo contó una anciana que le conoció personalmente y fue testigo ocular: A la muerte de su hermana sembró sobre la sepultura un rosal. Cuando este rosal abrió a la luz del sol la primera flor, D. Eduardo la cortó para depositarla a los pies del sagrario de su parroquia de San Martín. Cortó igualmente una ramita y la sembró en su huerto. Diariamente le regaba con cuidado y esmero y de este rosal ya trasplantado se cortaron las mejores rosas, que adornaron siempre la puertecita del sagrario. Yo diría que de las propias cenizas de la muerte D. Eduardo saca la vida, que despojada de nuevo por la muerte a los pies de la Vida, con mayúscula, es la gran lección de la esperanza que un día cantara Zorrilla, a la flor que vio nacer de una calavera.

Por una de esas paradojas caprichosas con matiz de horóscopo periodístico, sobre su sepultura del Castillo, revolotean a diario miles del «grajos», el pájaro que, según manifestación de los que le conocieron, era para él una autentica pesadilla, superior a sus fuerzas, es hoy pregonero de su silencio y de su anonimato.

Por el *Boletín Oficial del Obispado* de Plasencia, año LXXII, Enero 20 de 1924, núm. 2, pág 28, sabemos que D. Eduardo desempeñó los cargos de Ecónomo de Higuera de Albalat, Navalvillar de Pela, Abertura y Romangordo y párroco de San Martín. Igualmente por medio del libro de personal del Obispado, año 1902, folio 154, gentileza que debemos a D. Román Gómez Guillén, sabemos también otros datos:

Que la parroquia de San Martín en este año era filial de la de Santa Cecilia, que tenía quinientas almas, que D. Eduardo Rodríguez Gordillo cobraba de dotación 1.125 pesetas y que murió, recibidos los santos sacramentos, el día 17 de Enero 1924.

Por carta de fecha 27 de Agosto del año en curso, firmada en Roturas por el Iltmo. Sr. Canónigo de Zaragoza, académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, D. Francisco Fernández Serrano, auténtico maestro en la paciente labor de investigación de legajos antiguos, sabemos que nuestro biografiado D. Eduardo Rodríguez Gordillo hizo de Secretario de la Visita Pastoral que por delegación del Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis placentina don Pedro Casas y Souto, en la persona del entonces párroco arcipreste de Logrosán, Lic. D. Julián Muñoz Hernández, con fecha 20 de Enero 1893 (libro V, folio 420-423 de Roturas) hiciera el citado arcipreste.

Por carta del entonces ecónomo de Abertura, lugar desde donde vino a Medellín D. Eduardo, firmada en la dicha localidad cacereña con fecha 15 de Mayo del 1872, D. Manuel Pérez Cáceres, sabemos que estuvo en aquella parroquia desde Noviembre del 1882 a Enero del 1883, que escribió la primera partida el cinco del citado Noviembre y la última el tres de Enero. Total 16 partidas. Que sustituyó en el cargo al párroco D. Máximo Fernández y a él le vino a reemplazar el Rvd. D. José María Robles.

He ahí unas pinceladas humano-sacerdotales de una biografía, que comienza en Herrera del Duque, en un año desconocido y termina al amparo de los muros de un castillo un 17 de Enero de 1924, sobre cuya tumba crecen hoy con vitalidad salvaje, unos jaramagos. Todo un símbolo.

Junto a la personalidad de este sencillo cura metelinense ha quedado su obra. Una obra pastoral, humana, ministerial, pero una obra desde el punto de vista que a nosotros nos interesa histórica.

Sus «Apuntes de Medellín», es una obra única en su clase. Obra detallista, observadora, experimental, auténtica. Viene a enlazar, según el ritmo de los tiempos con la obra del famoso arcipreste de nuestra villa D. Juan Solano de Figueroa y Altamirano, en su estudio biográfico de «Historia y Santos de Medellín» impresa en Madrid, por el impresor del Reyno, Francisco García y Arroyo, el año 1560. Los apuntes de D. Eduardo Rodríguez, pueden ser la segunda parte de la citada obra histórica.

Gracias a estos apuntes del párroco Rodríguez Gordillo Medellín tiene hoy el magnífico tesoro de unos datos históricos fundamentales de lo ocurrido en esta Villa en la primera mitad del siglo veinte:

A través de estos apuntes, Rodríguez Gordillo es primeramente un hombre sincero. Nos dice que escribe por: 1) Su deseo natural de saber y de saciar su curiosidad. 2) Para poder orientar a los habitantes de Medellín y los muchos forasteros que visitan la villa, y por último. 3) Para dejar a la posteridad el fruto de sus trabajos.

SINCERO en cuanto a sus fuentes informativas: 1) Coordinar algo de lo que acerca de Medellín han escrito: Solano de Figueroa y Altamirano, Modesto de la Fuente, Pascual Madoz, D. Vicente Barrantes y otros que escribieron de heráldica, cuyas obras ha consultado. 2) Usar el Archivo municipal y parroquial, principalmente el de San Martín, cuya parroquia dirigió durante cuarenta años. 3) La contemplación de visu de lápidas y piedras históricas que hacen referencia a Medellín y por último. 4) Su propia experiencia, que en frase del escritor Carlos Pereyra es un hombre que «conoce la historia de cada piedra», «tiene fervor de anticuario, pero lo cultiva con la elegante distinción de la duda metódica.» Es, sigue diciendo el historiador azteca, «un anticuario a quien domina el sentido estético de la vida.»

Si la sinceridad es el primer paso del historiador, la obra literaria del cura Rodríguez Gordillo es ante todo una obra de autentica credibilidad: «No intento mentir, si alguna vez sugiero o digo algo que luego no está en conformidad con la realidad, acháquese a mi ignorancia, pero no a mi deseo de sensacionalismo o de sentar cátedra», son palabras que lo dicen todo.

Para mí la obra de D. Eduardo no es solo meritoria por ser el enlace directo con lo publicado anteriormente, sino porque él se siente protagonista de ese enlace y tiene conciencia clara de su papel de historiador, que deja tesoros a una posteridad que los va a necesitar en todo momento. Es decir, su vocación transcendental, que llena un vacío y a cuyas fuentes se ha de acudir para las futuras investigaciones metelinenses.

Gracias a sus apuntes, sabemos detalles curiosísimos de nuestros monumentos representativos, de las costumbres de su época, de los hallazgos arqueológicos, de la situación topográfica de edificios desaparecidos.

No creo exagerar si afirmo que el remate glorioso de su obra que le caracteriza, que le personifica y le distingue, es su providencial momento en las fechas de inauguración y preparativos del monumento a Hernán Cortés en la plaza que hoy lleva su nombre.

El párroco de San Martín, sobrenombre con el que se le distinguió siempre en aquella efemérides gloriosa, era un hombre que estaba en todas partes, que lo llenaba todo, que removía todos los resortes, que anotaba todas las circunstancias, de pesos, medidas y horarios.

El forma parte de la Junta pro Monumento, con el alcalde Eladio Gómez Sánchez, D. Juan Damián de Tena y con el médico y cirujano de la villa D. Manuel Pedraza, el 24 de Junio 1888.

El es el autor de todas las circulares enviadas a todos los Ayuntamientos de Extremadura solicitando ayuda económica. El habla directamente con el escultor D. Eduardo Barrón. El organiza la bendición solemne de la primera piedra la tarde del domingo 13 de Abril de 1890, dirigiendo al final a la multitud elocuente discurso. El es el hombre que con una balanza en la mano y un reloj en la otra pesa las piedras monumentales y toma nota de la hora en que la mano del albañil Francisco Martín de Madrid, alias «el pucherito», las deja colocadas en su sitio:

«El pedestal, está compuesto de cuatro grandes pilares, de unas 300 arrobas de peso cada uno... el escudo de Medellín está fundido en una placa de bronce, que pesa una arroba y tres libras... la efigie del Conquistador tiene tres metros... el plumero de la borgoñota tiene 30 centímetros..., etc.», son datos muestrario de la minuciosidad histórica de sus apuntes.

A una distancia de ochenta y seis años la fecha 2 de Diciembre de 1890 tiene hoy día la novedad y la frescura periodística actual como si se acabara de escribir. El número de invitados, su categoría diplomática, el orden de sus intervenciones, el propio menú de la comida oficial, los actos y discursos, el ambiente que reinaba, han quedado plasmados como en una cinta de sonoridad histórica, y a donde vamos a beber los que sentimos la sed de los acontecimientos históricos.

Eduardo Rodríguez Gordillo, sólo por estos capítulos fielmente narrados en sus apuntes, milagrosamente salvados por la maestra D.^a Cecilia González⁷ en los años de la guerra, bien merecía hoy un justo homenaje de gratitud. Dejemos a la prensa de aquellos días, que él tuvo la paciencia de copiar a la letra, que nos trace la semblanza histórica de Rodríguez Gordillo, protagonista número uno que, con el sobrenombre de Párroco de San Martín, fue el alma del acontecimiento.

⁷ N.E. Por error figura el apellido González, pero debe decir Gómez, porque éste era su primer apellido.

Entre la prensa de aquellas fechas Rodríguez Gordillo, con esa vocación histórica a quien Carlos Pereyra califica de verdadero arte, nos ha dejado a la posteridad material auténtico con el que se ha de contar siempre que alguien tome sobre sí la tarea de escribir la Historia de Medellín.

De una manera esquemática, he aquí un resumen periodístico:

El periódico de Badajoz, *La Crónica*, en su número 3 de Diciembre del 1890, pasando lista a todos los oradores de la fiesta, dice de D. Eduardo: «mereció el aplauso de todos...»

El Avisador, también de Badajoz, en fecha 11 de Diciembre, felicita en general a los organizadores por: «haber sabido interpretar fielmente el pensamiento religioso» del Conquistador.

El Extremeño, publicación pacense, hace un parangón entre los diversos oradores y destaca sobre ellos al párroco de San Martín: «Fué el discurso más sinceramente aplaudido de los que se pronunciaron y así nos complacemos en decirlo, a fuer de imparciales.»

Un redactor del periódico republicano, *El Diario De Badajoz*, hablando de la inauguración del Monumento a Hernán Cortes, en el número del día 12 de Diciembre, después de explicar todo el discurso del párroco de San Martín, recopilación histórica del Medellín pasado, con sus santos, sus mártires, sus personajes famosos, termina diciendo del orador Rodríguez Gordillo: «Fué un discurso correcto, relacionado con el acto, y no puede dudarse, que fue el más apropiado y aceptable en esa ocasión.»

El Emeritense, periódico publicado en Mérida en el 6 de Diciembre, relatando lo ocurrido en Medellín, el pactado día 2, dice: «El Señor Cura, como miembro de la comisión, hizo una excursión por el campo de la historia, para demostrar la antigüedad de Medellín, mayor aún que la Emérita Augusta y que en todos los tiempos y en todos los ramos del saber había producido aquella villa, santos y héroes, sabios e ilustres varones, que honraron a Extremadura, demostró los muchos estudios que había hecho para precisar la fecha del nacimiento de Hernán Cortés... etc., y al final fue muy aplaudido.»

La Prensa, periódico de Don Benito, en el 7 de Diciembre publicaba un amplio reportaje de los hechos, con detalles curiosísimos, y a la hora de felicitar a sus organizadores, dice de D. Eduardo: «Tuvo periodos brillantes, que fueron recibidos con vítores y repetidos aplausos.» En espacios más adelante lo cita diciendo de él: «Digno párroco de San Martín e incansable en todo, a fin de que no faltara nada en la grandeza de la fiesta.»

De *La Ilustración Católica*, Rodríguez Gordillo tuvo la paciencia de copiar íntegro lo relativo a esta fiesta, que publicó posteriormente en el número 5 con fecha del 15 de Marzo 1891, y de esta revista de Madrid, se conserva una amplia biografía del escultor don Eduardo Barrón, su nacimiento, sus estudios pensionados en las diversas academias españolas y de Roma, sus obras como «El Viriato», «Adán después del pecado», «Santa Eulalia ante Daciano» el grupo monumental «Roncesvalles», etc., materiales todos interesantísimos, que se hubieran perdido de no estar aquí en Medellín un hombre vocacional a quien Pereyra llama: «benemérito historiador» en su libro citado de Hernán Cortés, página 11-.

Si Rodríguez Gordillo salvó este cúmulo de datos culturales, copiando con paciencia de monje medieval todo lo concerniente a Medellín y sirvió de enlace con Solano Figueroa y Altamirano a D. Eduardo de Medellín y Extremadura entera el que hoy los turistas puedan contemplar la famosa Pila Bautismal, donde se bautizara Hernán Cortés, sacándola de entre los escombros, donde habla sido arrojada por otras manos clericales más inexpertas, en unas obras que se hicieron en la parroquia de San Martín, colocando una nueva pila, más moderna, pero menos histórica.

Al historiador Rodríguez Gordillo, debe Medellín además de la recuperación para los recuerdos históricos de la villa de la preciosa joya de la Pila Bautismal de San Martín, la piedra-escudo⁸ del Conquistador de Méjico, que hoy, colocada en el lugar donde estuvo la casa de su nacimiento, junto a la estatua, sirvió en un principio para rematar el mausoleo que mandara edificar en el convento de los Padres Franciscanos de Medellín, para dar cristiana sepultura a sus padres, D. Martín y D.^a Catalina.

La recuperación de esta piedra-escudo obra personalísima del párroco de San Martín, que con ese espíritu de anticuario que le atribuyera Carlos Pereyra, mando bajarla de unos carros de Don Benito que se la llevaban junto con otras de valor, una vez destruido por los Falcones el recinto franciscano junto al río Ortigas. Como dato anecdótico hubo quien ofreció a D. Eduardo para esta piedra histórica el mismo peso que tuviera, pero pagándolo en cobre. Hoy día la famosa piedra, colocada sobre la toza de la misma casa donde naciera Hernán Cortés, también recuperada de los escombros por el propio D. Eduardo, recibe los malos tratos de las pisadas de los niños que juegan en la plaza, o sirve como testigo mudo de los idílicos amores de la juventud de nuestros tiempos, que sentados junto a ella se juran el ya romántico amor eterno, cuando el sol desaparece entre la torre de Santa Cecilia y la Sierra de Yelves.

Gracias a D. Eduardo, hoy un arquitecto cualquiera podría recomponer la histórica casa donde naciera Hernán Cortés, pues en sus apuntes nos ha dejado tan detalladas las medidas y las formas del edificio que su edificación, podría ser relativamente fácil.⁹

Al historiador Rodríguez Gordillo debemos constancia de la visita que un 6 de Febrero de 1897¹⁰, hiciera a nuestra villa el Rey don Alfonso XII, acompañado del entonces Presidente del Consejo D. Antonio Cánovas del Castillo, en cuya visita recibió el título de capellán de honor de la Casa Real el todavía párroco de Santa María del Castillo D. Francisco María de Jesús y Caballero, que siendo natural de Cuacos desempeñó los cargos de Coadjutor del Torno, Ecónomo de Piornal, Párroco de Almaraz, desde donde vino a Santa María del Castillo de Medellín un 16 de Abril del año 1886, hasta su retirada el 15 de Marzo 1894.

⁸ N.E. La Información es inexacta, Cfr. Apuntes, p. 698.

⁹ N.E. Sobre la cuestión de la casa de Hernán Cortés véase Calero Carretero, J. A. y Carmona Barrero, J. D. "Sobre las vicisitudes de la casa de Hernán Cortés en Medellín", *Actas de los VI Encuentros de Estudios Comarcales Vegas Altas, La Serena y La Siberia*, Santa Amalia, del 19 al 20 de abril de 2013. Coord. por Bartolomé Miranda Díaz. Badajoz, 2014. pp. 330-350.

¹⁰ N.E. Se trata de una errata de imprenta, puesto que la visita se realizó en 1879.

A la valiosa pluma de D. Eduardo debemos los datos de la construcción de la Capilla del Santísimo Cristo de las Misericordias, su importe, su maestro de obras, así como las del coro de San Martín, los datos referentes a las fundaciones de los conventos de las Religiosas Concepcionistas y Madres Agustinas, las fechas cumbres de las grandes crecidas del Guadiana, las grandiosas obras realizadas en el templo de Santa Cecilia en la bóveda del último compartimiento del templo, su importe, su duración, la figura del párroco D. Vicente Lozano y Malfeito, que siendo natural de Guareña, ex religioso jerónimo de Yuste, a sus 80 años de edad acometió la gran empresa de restaurarla, con la limosna inicial de dos mil pesetas que le entregara el Obispo Placentino D. Pedro Casas y Souto.

La lista sería interminable. Al tomar yo posesión de Santa Cecilia, de Medellín, quise enlazar los años históricos de la Guerra Civil, donde Medellín es protagonista cien por cien y publiqué estos datos en el libro *«Evocación de la Vida de un Sacristán»*, y desde entonces, en nuestros archivos parroquiales, imitando a Rodríguez Gordillo, abrí un libro de nuevos apuntes, que contienen al día las efemérides de la Villa.

La figura de D. Eduardo, sepultada debajo de unos escombros junto a una de nuestras puertas del Castillo, sin una lápida, ni una señal que nos recuerde a este gran párroco, es para mí una eterna pesadilla.

Quisiera terminar como comencé. Sobre este montón de olvido y de abandono quisiera arrancar hasta en sus raíces la figura del jaramago silvestre y en su lugar sembrar un rosal, como él lo hiciera sobre el cadáver de su hermana, para que luego, cuando un periodista, un historiador, un hombre que sienta en su ser inquietudes extremeñas, recibiera uno de sus pétalos como recuerdo de su visita y recordara a quien durante cuarenta y un año fue el cantor, el protector, el enamorado de estas tierras y que hoy, no tiene en Medellín ni una calle, ni un signo externo que nos recuerde su benemérita obra.

Como el poeta de las Rimas, al contemplar la empolvada lira colgada del techo, yo le diría a este hombre olvidado no solo en nombre propio, sino en nombre de toda Extremadura aquí presente: ¡D. Eduardo, ha llegado la hora. Levántese y ande...!

Francisco García Sánchez

Párroco de Santa Cecilia

